tas de una roca memorable, en que brotó bajo su pie un hermoso rosal, como brotó á su voz la fuente prodigiosa, y se alzan hoy el magnífico palacio de la fe, donde hallan calma y valor los fieles de todos los países, y la piscina milagrosa en que recobran vida y salud, desahuciados y enfermos de todas las dolencias.

Entré en la cripta donde ardían infinidad de lámparas, alumbrando á los innumerables penitentes que allí lavan sus culpas en el alto tribunal de Penitencia. Si en la torre de Babel hubo confusión de lenguas, en aquel recinto regenerador no se establece. Hay confesores, como en Roma, que poseen idiomas muy diversos, y sobre cada confesonario, un rótulo escrito en la propia lengua que habla el respectivo padre misionero.

Sobre la cripta está la iglesia del Rosario cuya portada es preciosísima. Afecta en su interior la forma de rotonda y sus paredes de puro y blanco mármol tienen labradas alegorías de la letanía lauretana. Cada piedra lleva su inscripción en letras de oro, en que consta la gratitud de un alma á la Virgen sin mancha, por favores alcanzados y mercedes recibidas. *Te Deum* mudo, pero elocuente, cantado en silencio y para siempre á la Madre de Dios, por sus bondades.

Subí por fin á la principal iglesia, cuya entrada guarda la venerable figura de San Bernardo, en cuyo pedestal se lee en francés el *Memovare* de aquel claro ingenio que también escribió con tanto acierto «que nada nos concede el Señor sin que pase antes por las manos de María.»

Era la tarde de un sábado y cantaban la Salve de costumbre, lenguas distintas, pero corazones afines. No pude ver los muros de la gran basílica; banderas, estandartes, ex-votos, y presentes colocados con perfecta simetría los cubrían por completo.

A la mañana subí á misa, que amenizó una capilla de música selecta. Se celebran continuamente y en todas ellas se reparte á los fieles la Sagrada Eucaristía. Terminado el sacrificio salí de aquel magnífico templo.

Volaba el tiempo y bajé á la gruta, donde la *Señora* hizo sus diez y ocho apariciones á Bernadette Soubirous. Gentío inmenso se postraba ante la piedra bendita en que holló salvajes rosas la